

## MIL GRITOS TUVO EL DOLOR EN EL CAMPO DE 'ALBATERA'

**Juan Caba Guijarro** nació en 1912 en Manzanares. Jornalero campesino, a los 18 años entra en el grupo anarquista "Fraternidad", ocupando un año más tarde, el cargo de Secretario Comarcal de la Federación Anarquista Ibérica (F.A.I.). En 1936, al producirse el **criminal golpe de estado contra la II República**, combatió contra las fuerzas fascistas en los frentes de Madrid, Castellón y Extremadura. Tras la derrota militar, fue detenido en el puerto de Alicante, estando preso en los campos de concentración de Los Almendros y de Albatera y en las cárceles de Manzanares, Badajoz y Ciudad Real. Fue condenado a muerte en un Consejo de Guerra Sumarísimo, pena que le fue conmutada posteriormente por 30 años de cárcel. Juan Caba, como dijo María Zambrano, se escapó del tiempo, pero nos dejó este insustituible documento de su propia vivencia en los **campos del horror fascista**.

Sumergido en un círculo de penumbras mentales, sin acertar a escoger la solución más apropiada para un momento de tanta trascendencia como el que tenía presentado, mi mente no paraba de divagar.

Los frentes de batalla se habían precipitado y prácticamente la guerra esta terminada. Con mis ojos hundidos en las órbitas, perdida la mirada en el vacío abismal de mis reflexiones, meditaba abstraído, ausente de mí mismo, viendo desfilar las ideas en tropel. Estaba tremendamente afectado ante situación tan insólita.

La noche, como tantas otras, tenía su encanto y su aparente tranquilidad ya que la luna, rodando en el firmamento bañaba con su luz de plata nuestro caro planeta. Una tremenda lucha tuve que librar conmigo mismo hasta conseguir mi última determinación: marcharme... ¿pero donde? decididamente salí a la calle y al recibir en mi rostro las caricias de la brisa de aquel amanecer sentí cierto escalofrío, como si en mi conciencia de hombre inocente me hubiera clavado las garras un gavián furtivo. Unas nubecillas ligeras, como plumones suspendidos en el espacio, parecían estar a propósito para embellecer el escenario donde comenzaba a vivirse la más horripilante de las tragedias de nuestros tiempos. Al llegar a la carretera, se oían rumores sombríos confundiendo con patéticas conversaciones de una multitud que caminaba por aquella ruta con dirección a lo desconocido. Aquello me decepcionó, e indeciso con mis pensamientos amontonados, caminaba carretera adelante, parándome de trecho en trecho para fortalecer mi ánimo y seguir en mi odisea aventurera. Caminaba a través de las sombras y en cualquier dirección ya que todos los caminos eran buenos para ir hacia lo desconocido. Todos los caminantes huían de lo que ellos, por instinto, consideraban lo peor, buscando refugio en el más allá para consolar sus sinsabores y sus amarguras. Alguien, viendo con la lentitud y dificultad con que caminaba, me invitó a subir en un camión katuska, que renqueaba como la mayoría de los que caminábamos.

Acepté la invitación y subí sin más protocolo ni cumplidos. Saludé amablemente y después de mi reconocimiento por aquel acto de solidaridad, ellos contestaron quitándole importancia. Callamos todos sin que se cruzara una palabra más. Fui reparando con la mirada en los viajeros, grabando sus imágenes en lo más profundo de mi ser. **¡Pobres de nosotros, todos llevábamos en nuestros rostros el estigma de la tragedia!** Ayer bravos luchadores, aplaudida su presencia en cualquier sitio o lugar, y hoy sin posibilidad de poder librarnos del dolor de la ausencia de los nuestros, con dirección a ningún sitio.

Cruzábamos, kilómetro tras kilómetro, con un silencio abrumador que sobrecogía los mejores sentimientos, pero íbamos obsesionados en la proximidad a nuestro punto de destino, soñando quizá en algo que, en definitiva, no dejaría de ser un sueño. Aquellos improvisados viajeros divisaron la silueta inconfundible del Castillo de Santa Bárbara, que nos indicaba que estábamos a poca distancia de nuestro destino. Era el día 28 de Marzo de 1939.

### PUERTO DE ALICANTE

La alegría se dibujó en los rostros de todos ante la llegada al Puerto, pero era una alegría circunstancial ya que muy rápidamente se escondió tras el rictus de la preocupación. Cruzamos unas palabras de despedida, dándonos ánimos y esperanzas mutuamente y comenzamos a descender del camión, ya que había arribado al puerto de nuestros deseos.

Quedamos extraordinariamente sorprendidos ante lo que se nos ofrecía a nuestra vista. Una gran multitud abarrotaba aquel amplio muelle del Puerto de Alicante. Un conjunto multicolor de personas se movía de un sitio a otro en tan reducido espacio que parecía una masa uniforme impulsada por resortes ocultos. Aquella visión en su conjunto no era otra cosa que los actores, dando a conocer el prólogo de la comedia que España empezaba a representar en el escenario del Mundo.

Mirábamos al sur, aguas adentro de la dársena, y en el largo espigón del puerto se encontraba el faro, que indicaba la bocana por donde debían enfilarse los barcos de llegada. Casi todos escudriñábamos la lejanía muy atentos, esperando descubrir alguna embarcación que virara, enfilando su proa al puerto; un puerto que ya empezaba a ser historia.

Fijando nuestra atención en el propio muelle se apreciaban grandes embudos en el pavimento y los alerones y cubiertas de los grandes pabellones nos decían con sus heridas al descubierto que ellos también habían sufrido las crueldades de la Guerra. Mientras íbamos realizando nuestra observación, no cesaban de llegar al puerto personas

de todos los sitios de España. Ante la tumultuosa arribada a casi todos nos traicionaron los nervios, y ésto unido a la fatiga, la sed y el hambre, empezaban a hacer mella en la formación de aquellos hombres que habían demostrado una ilimitada entereza en todas sus actuaciones de guerra.

**Aquel puerto de Alicante comenzaba a ser un devorador de personas y un destructor de conciencias.** Se solían oír, de parte a parte de aquel recinto, conversaciones y quejas análogas, pero había una minoría de hombres formados ideológicamente que no cesaban de sembrar moral y alegría. El esfuerzo de aquel contingente de personas que estaban dando todo lo que llevaban dentro para dosificar ánimo y confianza, aquella multitud desmoralizada, empezaba a ser carne propicia para el sacrificio. Realmente había que reconocer que habíamos empezado a cosechar amarguras y sinsabores inmerecidos, que en muchos casos eran superiores a nuestra propia resistencia, a nuestras propias fuerzas. Podemos asegurar que a casi todas aquellas futuras víctimas nos invadía una penumbra mental, que no acertábamos a despertar. Penumbra con un resplandor que, aunque lejano, brillaba fuerte dentro de nosotros, iluminando nuestro sendero para tener clara conciencia de nuestro proceder. Eran las convicciones ideológicas, con todo lo que conllevan de ilusión, que se mantenían enhiestas pese al tremendo choque psíquico sufrido en tan pocas, horas, en tan corto espacio de tiempo.

## TRAICION CONSUMADA

Al vernos tan estúpidamente acorralados en el puerto, tomamos conciencia clara de la traición y engaño de que habíamos sido objeto por aquellas potencias “democráticas” que se decían amigas de nuestra causa. La vergüenza de aquellos acuerdos internaciones de **No Intervención** nos relegaron al abandono más absoluto por parte de las naciones que creíamos defendían las libertades humanas. Aquel acto fue un insulto a nuestras conciencias de demócratas y nuestra protesta, aunque no se hizo colectivamente, sí fue individual, arrojándose al mar varios prisioneros. El espectáculo era dantesco y nadie se atrevía a hacer comentarios, a no ser para aplaudir aquella actitud de valentía y desprendimiento. Un silencio más que elocuente contemplaban aquellos hombres que acariciaban las olas del mar, hasta que eran engullidos en sus profundidades, sin dejar huellas de sus vidas. ¡Vosotros, héroes ignorados, dormir vuestro sueño eterno arrullados por lunas submarinas y despertar cuando brille en el mundo la Aurora de la Libertad!

Todos quedábamos sobrecogidos y silenciosos, como si aquello fuera la más tremendamente nefasto que nos pudiera suceder, cuando en realidad, sólo era el prólogo de la Historia de España, que se comenzaba a escribir con caracteres de los peores tiempos de la Inquisición.

Todo el puerto fue rodeado de ametralladoras servidas por soldados italianos, en cuyos rostros se dibujaba el odio y el deseo de venganza, contra aquel conjunto que formábamos los vencidos. Para vergüenza de todos los españoles, nuestro suelo se hallaba invadido, se hallaba hollado por la bota militar de la reacción de toda Europa y parte de África, **porque así lo quisieron aquellos que se llamaban auténticos patriotas y, sobre todo, cuidadores de los valores eternos.**

¡Qué tremendo escarnio a la lógica y a la moralidad! En el puerto no cesaban de circular bulos, que era una manera de mantener el espíritu de aquel conjunto de hombres dominados y acorralados. Se solían decir cosas ciertas y cosas menos ciertas. Por ejemplo, se oía que Trifón Gómez, destacado Socialista, había salido de España unos días antes de terminal la Guerra, con la finalidad de mandar barcos de cualquier nación amiga, para ayudar a exiliar a los antifascistas que pudiera ; que la “**Mid-Atlantic**” garantizó la evacuación de las personas que desearan salir del puerto ; que la “**Strabook**” y el “**Lazarienek**” llegarían de un momento a otro al puerto y que **Charles Trillón**, destacado miembro del Parlamento Francés, había llegado para responsabilizarse de las expediciones de refugiados. Todos estos comentarios circulaban por el puerto, todos, o casi todos, eran falsos. Pero no dejaba de ser una necesidad propagar aquellas mentiras, ya que se hacían imprescindibles. Se reconocía que la imaginación en esas dramáticas circunstancias se desbocaba, creando fantasías, que casi se terminaban por admitir, aunque con cierta tristeza.

Porque los escarnios y las miserias prolongan indefinidamente el tiempo, para que el sufrimiento sea más amargo y más triste. Es que las vibraciones nerviosas aceleran su actividad y cuando ésta decae, se produce la depresión y suele ser cuando el hombre pierde su identidad. Era por esto tan necesarios los rumores.

Lo que parecía impericia de los hombres que regían los destinos de la España Republicana, resultó ser traición premeditada por parte de muchos de aquellos políticos ambiciosos e inconsecuentes. **Admitieron los cantos de sirena de los representantes de los países que se autoproclamaban demócratas**, para después, en asquerosa convivencia, consumir sus felonías. Las arrogancias de antifascismo rabioso de aquellos políticos sin escrúpulos se convirtió en un sometimiento servil y ruin, prestándose a ser caballo de Troya a los mercaderes sin dignidad de algunos países, que llegaron a España para robarle y dejar, si era posible, funcionando unos sistemas políticos de opresión y sometimiento. A aquellos tahúres internacionales les deslumbró la situación indefinida que vivía nuestro país, propia del inicio de una revolución no muy bien clarificada.

**¡Que nadie rompa lanzas por defender la posición de alguna de las potencias que se decían amigas de nuestra causa antifascista !**, ya que a excepción de Méjico, que dio lo que pudo sin exigir nada a cambio, los demás

vinieron con fines inconfesables política y militarmente, tomaron nuestro suelo como campo de experimentación de armas y tácticas militares. Aquello fue una desgracia para España que todavía no se le ha llegado a dar el alcance dimensional que tuvo, ya que aquella ayuda no fue un acto de solidaridad para las fuerzas republicanas, sino el simple calor que pusieron en la lucha para poner sus armas a punto a la vista de la nueva conflagración que se estaba acariciando. Por si todo esto no hubiese sido suficiente para desmoralizar al pueblo antifascista, se creó el **Pacto de No Intervención** por las Naciones Unidas. Pacto de ilimitada monstruosidad porque fue exigido su cumplimiento sólo por una parte y aquello fue más que un pacto, una nota de defunción para el Gobierno Republicano.

Pero volvamos la vista para ver qué es lo que estaba sucediendo en el puerto de Alicante. Un barco de guerra había virado con dirección al puerto y rápidamente corrió el rumor de que se trataba de uno de los navíos que esperábamos. No fue así, se trataba del crucero “**Canarias**”, al servicio de la fuerzas sublevadas, que obedeciendo órdenes, junto con los minadores “**Vulcano**” y “**Marte**”, se apoderaron de la bocana del puerto para que no pudiera aproximarse a nosotros nadie que no estuviera autorizado para ello. A la vista de aquella situación, **se nombró una comisión de Prisioneros del puerto** para que fueran a parlamentar con el **Cónsul Francés**, para ver si aportaba alguna idea viable a la situación que se había creado con el personal. Esta Comisión la integraban, por el Partido Comunista, el Coronel Burillo; por el Partido Socialista, Carlos Bubieta y Antonio Moreno por la CNT.. ante la presión que ejercieron los comisionados al cónsul, **éste se limitó a aconsejar que tuvieran paciencia ya que todo se iba a solucionar y que el puerto había sido declarado Zona Internacional, que no había nada que temer ya que los barcos de su país, como tenía prometido, vendrían para evacuar a todo el personal que quisiera marcharse.**

Aquella noticia fue dada a conocer por todo el puerto y todos callamos porque la emoción, que se sentía, no nos dejaba hablar, pese a que el dolor que nos producía aquel sentimiento había que aceptarlo como mal menor ; pero aquella espera estaba cargada de dramatismo y cada hombre era distinto en su manera de comportarse, siempre sobrecargados de la tremenda ilusión, tratando de dar calor y esperanzas a los pocos que habían perdido sus ganas de vivir. Al momento, otro bulo comenzaba a tomar cuerpo en el recinto del puerto, que consistía en que los barcos prometidos empezaban a llegar próximamente ; entonces fue cuando se desbordó la alegría, repartiéndose abrazos por todas partes, con discursos de despedida con gran tono de sentimentalismo. Fue una ola de júbilo desbordante que invadió a todo el personal del puerto.

Nuevamente aquello volvió a ser falso. Ante la impaciencia colectiva que planteaba aquella nueva situación se volvió a nombrar una nueva Comisión de prisioneros con el fin de parlamentar con el General Gambaro, Jefe del Ejército de ocupación de la Plaza de Alicante. La nueva Comisión fue integrada por Carlos Ruviera, Socialista y Presidente de la Diputación de Ciudad Real ; José Rodríguez Vega, Secretario de la U.G.T.; Antonio Moreno, miembro del Comité Nacional de la C.N.T. y David Antona, miembro de C.N.T. y ex Gobernador Civil de Ciudad Real.

Pese al esfuerzo realizado por los comisionados para hacerle ver al General italiano la catástrofe humana que se podía generar en el puerto si no accedía a dar entrada a los posibles barcos que pudieran llegar para evacuar a los prisioneros, nada pudieron conseguir del general. Al ser conocida por la gente la negativa de esta noticia, todos quedamos paralizados de una manera automática. **Hasta el mismo medio ambiente que respirábamos se hizo más despiadado** para enfriar las conciencias de aquellas víctimas. Se enrojecieron las pupilas de los hombres que habían sido es espíritu de un Ejército que supo hacer frente, durante tres largos años, a fuerzas muy superiores en armamento y preparación técnica. **Aquel León Ibérico que fue el Ejército Republicano habían conseguido enjaularlo en el Puerto de Alicante.** Aquel león estaba herido de muerte por la traición y abandono de que fue objeto por los que se decían sus incondicionales partidarios; sus garras y sus melenas se las habían cortado e indefectiblemente moriría totalmente asfixiado. Pero moriría con el crepúsculo de un anochecido que ha sido preciso despedir en las páginas de la Historia con la frase de Desgracia Nacional, porque empezaba a reconocer su infame comportamiento. Eran conscientes los comediantes de aquella farsa de la No Intervención que por no haber sabido defender a España, llegaría el momento de que el holocausto de la tragedia también se enseñorearía por sus respectivos pueblos.

## 1º DE ABRIL DE 1939

El Cuartel General de Burgos dio a conocer el siguiente comunicado oficial :

HOY, DESARMADO Y CAUTIVO EL EJERCITO ROJO, NUESTRAS TROPAS VICTORIOSAS HAN ALCANZADO SUS ULTIMOS OBJETIVOS. LA GÜERA HA TERMINADO. Burgos, 1º de Abril de 1939.

Aquel día tuvo para los prisioneros cierta singularidad. La opacidad de la luz de aquel amanecer parecía que estaba envuelto en los resplandores de la hoguera de la Inquisición, porque una ola amarga de pesimismo nos hundió a todos moralmente y tuvieron que pasar varias horas para reacción. Éramos conscientes de que la contienda continuaría, no en su forma de lucha armada en los campos de batalla, pero sí más subterránea, con más terror, con más sadismo y con más exigencias de sangre, ya dentro de los campos de concentración o dentro de las mazmorras carcelarias.

Al día siguiente, una orden del General Gambaro decía, más o menos, así:

A LOS PRISIONEROS DEL PUERTO: ORDENO QUE SI MAÑANA, DIA 3 DE ABRIL DE 1939, A LAS 5 HORAS DE SU TARDE, LOS PRISIONEROS NO SE HAN RENDIDO DARE ORDENES A MIS FUERZAS PARA QUE HABRAN FUEGO HASTA EXTERMINAR EL ULTIMO REDUCTO DE REBELDIA. DESDE ESTE MOMENTO, NIÑOS, MUJERES Y ANCIANOS DEBEN EMPEZAR A SALIR DEL PUERTO.

Todos bajamos la vista al suelo fingiendo no darnos cuenta de lo que se nos estaba comunicando. La brisa del mar, perfumada de primavera, enrojeció nuestros semblantes y pensamientos, sazonzando ideas raras que en ningún caso llegaron a aflorar. Reconocíamos que era una desgracia colectiva para media España, y nuestras inquietudes se reflejaban en los rostros ajados, aplastados por el infortunio. Todos nos creíamos responsables de aquella catastrófica situación porque no estábamos en condiciones mentales para discurrir que aquel momento apocalíptico estaba preparado de antemano para que así fuera.

Aquellos “**ideólogos demócratas**” que se jactaban de ser amigos políticamente de los gobernantes españoles, fueron unos traidores porque cuando comenzaron a funcionar los mecanismos del pacto de No Intervención, se lo aplicaron sólo al Ejército de la República, abandonándonos por tanto a nuestra suerte, frente a los ejércitos italo-alemanes-portugueses y africanos. Aunque se comprobó hasta la saciedad, por los países firmantes del vergonzoso pacto, de que mientras los combatientes amigos de la España Democrática salían camino de sus respectivos países por la frontera franco-española, los demás ejércitos que ayudaban a los sublevados, seguían pasando la frontera hispano-portuguesa.

Tres años duró aquella fratricida guerra entre españoles, tres años de sufrimientos para todos, de dolor y luto para todos, sólo para saciar las apetencias políticas de unos cuantos. ¿Hasta cuándo, pueblo trabajador, se seguirán repitiendo estas tragedias? Ahora, mientras descansáis del fragor de la batalla, se producirán crímenes de criaturas inocentes por el solo hecho de pertenecer a las fuerzas vencidas. Mañana, cuando despertéis, os daréis cuenta de la tragedia que vivió media España, cuando por plazas y calles pasen legiones de personas vestidas de negro, escuchando el latido amargo de sus corazones, o tal vez llorando en silencio.

Se ha terminado la Guerra según este parte del día primero de Abril de 1939. Ya no se oirá el ronco zumbido del cañón, ni el silbido macabro de las bombas lanzadas por la aviación, ahora sólo se oirá el tableteo de las metralletas de los piquetes de ejecución y los mil gritos de dolor, escapados de las gargantas rotas por la angustia de las torturas, de una juventud que parecía haber venido al mundo para padecer y morir.

## **SANGRE EN EL PUERTO**

Efectivamente, había llegado el momento de evacuar el puerto. Aquellas imágenes del desfile en silencio de un ejército derrotado, que caminaba hacia la muerte, quedaron profundamente grabadas en las conciencias de todos.

Se caminaba en silencio porque con las torturas psíquicas, con el hambre y con la sed, teníamos garantizado el aniquilamiento de todo acto de rebeldía. Por eso, el desfile fue de sombras humanas, nunca de personas. Desfile que se hacía por un callejón interminable, formado por dos filas de soldados fuertemente armados que nos conducirían a lo que más tarde se llamaría “Campo de los Almendros” ; no pudiendo evitar ser víctimas del robo de nuestras pertenencias (cazadoras y pantalones de cuero, relojes, plumas estilográficas, etc., etc.) desmoralizados y abatidos, pero con cierta entereza y confianza en nosotros mismos, caminábamos lentos, sin importarnos nada de lo que pudiera suceder a nuestro alrededor. Pero el eco de unos disparos de pistola rompió con violencia nuestra monotonía y algo vibró dentro de nosotros, aunque sólo fuera por instinto. Nada sucedió porque nada tenía importancia para nosotros. Lo único que había pasado era que dos hombres, verdaderos héroes, se habían sumado a la larga lista de los que, por dignidad, se quitaban la vida. Máximo Franco y Evaristo Viñuelas, dos cenetistas, Comandante y Comisario de la 28 División Confederal, respectivamente, también escribían sus nombres en las páginas negras de la España que nacía. ¡Vosotros, estimados héroes, que tuvisteis aquel maravilloso gesto, quizás mañana seáis un grito más de rebeldía, para que los cantos a la libertad de los pueblos sean más armoniosos y alegres, cuando camine la humanidad hacia el nuevo amanecer lleno de amor, paz y solidaridad!

## **CAMINO DEL CAMPO DE LOS ALMENDROS**

De una manera mecánica, las dos filas que se formaban al salir de la verja del puerto, se iban alimentando sin que se produjeran huecos ostensibles. Caminábamos carretera adelante, pasando por las inmediaciones de la playa del Postigal (según creo),dejando a nuestra izquierda los gruesos murallones del Castillo de Santa Bárbara, destrozados materialmente, como nosotros, y también por efectos de la guerra. Ascendimos por la carretera, pasando por el bosque que existía entre el de Santa Bárbara y las moles rocosas, cerca de la Albufera (2 kilómetros más o menos) y observamos que aquellas alturas estaban tomadas militarmente con extraordinarios despliegues en hombres y material, para vigilar atentamente la marcha de la caravana, presta a actuar en caso de emergencia. Cuando subimos del todo a la cota o montículo, vimos a un lado de la carretera, una gran extensión de vegetación arbórea, y en la parte más alta, y en sus inmediaciones, millares de personas que ocupaban una gran extensión.

Soldados con ametralladoras emplazadas, vigilaban los movimientos de todos los que ingresábamos en el Campo. Rápidamente comprendimos que aquel lugar era nuestro punto de destino, donde quedaríamos en concepto de

disponibles, como trastos inservibles, para lo que más tarde quisieran hacer con nosotros. ¡Triste y amarga situación!. Efectivamente, antes de traspasar la alambrada de la puerta, que circundaba todo el campo, se nos hacía un ligero cacheo, con la consabida amenaza de fusilamiento en caso de llevar algún arma camuflada. Amenaza que efectivamente cumplieron en varios casos, no siendo extraño ver algún cadáver que otro en cualquier recodo de la carretera, Acostumbrada aquella soldadesca a un comportamiento cruel e inhumano en todos los conceptos. Se habían creado tal complejo de superioridad que los prisioneros para ellos éramos cosas tan insignificantes que nos disparaban con facilidad y desenfado, como si se tratara de simples muñecos de entrenamiento. Eramos los vencidos, los derrotados, los que a nada teníamos derecho, porque según ellos, pesaba sobre nosotros la responsabilidad de los muertos que habían caído en los campos de batalla, y por ello practicaban aquel proceder de crueldad y exterminio.

A las pocas horas de estar en el “Campo de los Almendros”, como se le había bautizado en base a su vegetación, se dejaron sentir con más intensidad los efectos de tan prolongado ayuno. A invitación de los compañeros de cautiverio, empezamos a degustar las hojas verdes y el fruto de los almendros, cosa que, pese a su desagradable sabor, silenció un poco las voces de nuestros estómagos. La maldad del ser humano en muchos casos es ilimitada, porque el espíritu mal formado agudiza el sadismo de esas personas, por lo que no se puede medir hasta dónde pueden llegar con su instinto criminal.

Cuando nos veían a muchos prisioneros tendidos sobre la tierra, abatidos por la fiebre, sin que nadie pudiera hacer nada por nadie, un toque de corneta nos ordenaba formar y debíamos ayudarnos los unos a los otros para levantarnos e incorporarnos a la formación, porque de lo contrario, corríamos el riesgo de ser asesinados. Todas estas situaciones nos hacían reflexionar y sacar como lógicas consecuencias la inoperancia de los tratados internacionales y la poca valía que tienen en todos los sentidos, siendo una tremenda falacia los acuerdos diplomáticos. No hay quien observe ni quien le prohíba a los vencedores de todas las guerras, que humillen, que esclavicen, torturen y, cuando les viene bien, asesinen al vencido, sin que nadie se sorprenda de tales acciones. ¡Sólo somos un montón de mandíbulas con la única pretensión de devorarnos mutuamente!

## **MARCHA LENTA HACIA LA MUERTE**

Se comenzó a rumorear en el “Campo de los Almendros” que muy pronto seríamos trasladados, nadie sabía donde. Efectivamente, estaban llegando fuerzas legionarias y moros, que estaban tomando militarmente la carretera que se dirigía a Alicante. Sobre las diez de la mañana se nos ordenó formar de seis en fondo, en la citada carretera, y así nos alineamos cinco, diez, quince mil personas (¿quién sabe... ?), quedando en el Campo un número indeterminado más. Aquella gruesa formación harapienta y desnutrida, se ponía en marcha lentamente, agotando nuestras resistencias al dolor y a la desesperación. Las amenazas de fusilamiento eran constantes si no se aceleraba el paso, pero nadie hacía caso, porque para nosotros, la muerte sólo representaba una fecha y unos apuntes en el Registro Civil, y para otros sólo sería un desaparecido sin más protocolo ni más investigación.

Caminábamos apurando nuestro inmenso dolor, alargando una existencia miserable sin esperanza alguna, metidos en esas largas horas que nunca acaban de pasar, porque parecen estar detenidas en el tiempo. Íbamos carretera adelante, lentos y pensativos, con el peso inhumano de la humillación, siempre a punto de ser castigados con el fusilamiento o de caer muertos de inanición. Llegaríamos al muelle de carga de la estación ferroviaria de Alicante donde había preparado un tren de transportar ganado. Jamás podríamos pensar que aquel tren sería para nuestro traslado. ¡Qué poco conocíamos a nuestros enemigos! No podíamos imaginar que la mente humana fuera capaz de concebir tanta maldad. Inmediatamente se nos ordenó subir a los citados vagones, la mayoría de ellos con el estiércol de haber transportado ganado, donde tuvimos que acomodarnos de una manera inverosímil, ya que además de aquella suciedad, nos obligaron a introducirnos en cada vagón hasta 90 y 100 personas. Solíamos ofrecer alguna resistencia porque era materialmente imposible ponerse en pie, pero para ellos aquello no era un problema, lo resolvían dando culatazos con los fusiles o pinchando con los cañones de las metralletas, consiguiendo herir a varios, hasta introducirnos tantos cuantos querían en cada vagón.

El veneno propagandístico que les dosificaron a aquellos los “muy católicos” sacerdotes Tenientes curas, tenía que dar el fruto apetecido, a unos sátrapas sin conciencia ni sentido humano. Enfundados en sus siniestras figuras de hombres malvados y con el complejo de supersoldados, sonreían mefistofélicamente ante nuestra desgracia. Nuestro futuro no podía tener horizontes más lúgubres ni más fatídicos.

## **ORDEN DE MARCHA**

Una vez dado el parte de precintado de vagones, la superioridad dio órdenes de marcha. Silbó la máquina del tren y seguidamente se puso en movimiento el convoy, como una oruga negra deslizándose por el camino de hierro, avanzando con dirección desconocida. Dejábamos atrás barriadas alicantinas y muchos bellos paisajes que en otras circunstancias nos hubieran deleitado. La máquina bufaba por el esfuerzo que realizaba, tirando del gigantesco reptil con su mercancía demasiado barata, sin que nadie, absolutamente nadie, nos dedicara una despedida, aunque con tristeza, que podía haber sido el revulsivo alentador para aquella juventud prisionera que iba muriendo lentamente, perdida en la selva vil de aquel trágico momento. Era la repetición de hechos llenos de generaciones, donde no hay piedad para el vencido, sin importar la inocencia ni el dolor que produce la tragedia.

El tren caminaba lento, parecía querer alargar la existencia de sus viajeros, cogiendo bajo sus ruedas el tiempo para encerrarlo en las ánforas de los recuerdos.

Habíamos perdido toda noción de tiempo y lugar de donde podríamos encontrarnos, y creo recordar que en la estación de Elche se detuvo el convoy unos momentos para extraer, de las entrañas de los vagones malolientes, tres muertos por asfixia. Nadie se inquietó, nadie objetó una sola palabra. Eramos insensibles a nuestro propio dolor. Se bajaron a las víctimas y se dejaron tendidos en el andén de la estación. El tren continuó su lenta marcha, como dolido de las bajas producidas. Nosotros, los prisioneros, íbamos impávidos, encadenados a nuestro dolor, exhibiendo al mundo democrático nuestra tragedia y también, por qué no decirlo, nuestras formaciones sociales y convicciones arraigadas en lo más profundo de nuestro ser, que nos mantenían firmes en nuestras ideas libertadoras. Al poco tiempo de su lenta marcha, un letrero y un silbido de la máquina nos anunciaban que estábamos en Albaterra.

Definitivamente se detuvo la gigantesca oruga negra y se nos echó abajo a punta de fusil y metrallas. ¿Quiénes esperaban en la estación a la expedición de prisioneros? Los espadones y matones con algunos clérigos que ostentaban la representación de la España que comenzaba a nacer. La soldadesca no paraba de gritar y gesticular, amenazando siempre con fusilamientos masivos si no obedecíamos sus repugnantes gritos. Pero no todos pudimos bajar en aquella estación, ya que otros dos prisioneros habían perdido su vida pasando a las listas de mártires desconocidos. Dos víctimas más que quedaban en el andén de la estación, gritando a los países “democráticos” la ruta que había llevado el tren de la muerte. Así se iba escribiendo una nueva página de la historia de España, donde se enarbolaba el lema de “amaos los unos a los otros”.

Aquellos hechos se grabarían en nuestras almas, dejando profundas huellas que no hemos podido borrar. Todo aquello nos parecían visiones de otros mundos, era como si el dolor y la crueldad tuvieran que ser necesariamente hermanados a nuestras vidas miserables, a nuestras cortas existencias. ¡Por fin el campo!. Sí, el “Campo de Albaterra”, el campo que iba a servir para exterminar a los prisioneros de guerra, a los que estábamos predestinados a saciar la sed de venganza y la sed de sangre de los que habían triunfado, los que se regocijarían torturándonos, para arrancar mil gritos de dolor para su criminal satisfacción.

El campo en un cuadrilátero rodeado de doble fila de alambradas y en su parte exterior, cada diez metros aproximadamente, había un emplazamiento de ametralladoras, servidas por soldados de los Regimientos de San Quintín y San Marcial; esto no deja de ser una casualidad, que las fuerzas militares que debían tener la custodia del Campo y que iban a tener un vil comportamiento, llevaran los nombres de mártires y santos de la Iglesia, lo que nos obligaba a suponer la decidida participación en la represión que se empezaba a producir.

En el interior del Campo, a derecha e izquierda, había unos barracones de madera, sucios y destartados, que parecían estar contruidos a propósito para la tortura psíquica. Huelga decir que la poca comodidad que se nos pudiera ofrecer no tenía cabida en aquellos lugares. El Jefe del Campo, como fiel pretoriano, ordenó que formásemos para decirnos, por si lo ignorábamos, que éramos prisioneros de guerra y debíamos estar sometidos a las ordenanzas militares y formar tantas veces como se nos ordenara, informándonos que los intentos de evasión los castigaría con fusilamientos masivos.

Todos íbamos tomando conciencia de que se nos había encadenado a una situación de terror, pero aún así, confiábamos en que comenzaríamos una nueva etapa en la quietud de aquel cuadrilátero, que aunque sin prados ni vegetación, se limpiarían nuestras pupilas de aquella carroña humana que nos guardaba y vigilaba, ensuciándonos sólo con su presencia.

Se solían oír lamentos llenos de indignación, que se escapaban de gargantas rotas y acongojadas por la traición y el engaño. Aquella juventud triste y sin sonrisas ni esperanzas, nos fuimos familiarizando con lo peor, hasta convencernos de que nuestra libertad sólo la tendríamos con nuestra muerte. Aquel comportamiento sórdido e inhumano no dejaba de ser el inicio de una nueva era que traía para nuestro país, en la punta de las bayonetas con la persecución sistemática y el crimen organizado para exterminar a los vencidos, no sólo política y socialmente, sino también como personas. ¡No hay peor tragedia para los pueblos, que los gobierne un hombre que se olvida que es hombre!.

## **HAMBRE SOBRE HAMBRE**

Todos los días desfilaban ante nuestro silencio decenas de prisioneros fallecidos por hambre. Aquel ambiente estaba sobrecargado de negros nubarrones, proyectando sobre nosotros sus negras sombras de exterminio. Se sucedían las horas sin que nadie dijera algo que nos diera la ilusión de que íbamos a superar aquella tremenda situación. A todos nos acosaba la idea de que moriríamos de hambre y de sed. Desde la fecha que habíamos ingerido las hojas y el fruto en formación de los almendros, nada había pasado por los vacíos estómagos de la mayoría de los prisioneros. Un toque de corneta lanzado al aire dentro de aquel recinto, nos hizo pensar en que se nos llamaba para darnos algún alimento. Pero no que lo que nosotros, pobres de nosotros, habíamos pensado. Se trataba de la retreta y a los pocos minutos el silencio, para que en el Campo no se oyera ni una sola palabra de protesta.

Arañando como pudimos en la tierra, tuvimos que acomodar nuestro cuerpo al terreno o viceversa, ya que era el lecho que quizás aquella noche acogiera nuestro esquelético cuerpo para la eternidad. En aquellas terribles condiciones aseguramos que aquel recinto seguía devorando a los hombre moral y materialmente, la muerte representaba para nosotros un acto de liberación.

Aquella trágica noche no parecía tener la sucesión de un nuevo día, la alborada no terminaba de llegar. Pero sí, cuando el alba nos dio con sus imperceptibles hilos dorados, pudimos contemplar aquel cuadrilátero sembrado de personas, traspasados de dolor y con los rostros denodados, dándonos la desagradable impresión del patetismo que para nosotros había representado aquella noche.

Aquella visión en conjunto era apocalíptica y daba la sensación de que todo había terminado para el género humano. Era, en fin, una primera noche a la que iban a sucederle muy pocas para muchos de los prisioneros que estábamos allí. Constantes ráfagas de ametralladoras nos indicaban que no debíamos movernos hasta que no se nos ordenara. Un toque de corneta hizo callar a las ametralladoras y volvernos a nosotros al movimiento corporal y a la realidad que estábamos viviendo. Se nos ordenó formar en filas de tres, con la advertencia de que nadie se moviera porque ello daría lugar a perder la ración de comida de todo el día. Pero ¡oh, paradoja! en lugar de darnos la comida, empezaron a revisarnos, a todos los prisioneros, una comisión integrada por falangistas uniformados, un sacerdote y un militar de alta graduación. A medida que se nos iba pasando revista, reparaban en algún que otro de los detenidos, y cuando era identificado como conocido o paisano de los comisionados, lo aislaban al pabellón número uno. Así una vez, así muchas veces hasta localizar a los desgraciados que tenían que llenar el citado barracón. Después cada cual se imponía su propio silencio, ahogando en su dolor la desgracia de su juventud y de su vida destrozada, porque sólo quedaba una etapa que cubrir: "Las Palmeras". Allí se torturaba hasta dejar a los hombres hechos monstruos, para después asesinarles. ¡Ay palmeras altivas de las inmediaciones del Campo de Albaterra! Fuisteis testigos mudos de los mil gritos que tuvo el dolor, y testigos también, de un largo capítulo de horror de la Historia de España.

El desamparo de las víctimas les hacía más vulnerables, para que los malvados pudieran saciar su sed de venganza, su sed de odio y su sed de sangre. Vosotras, palmeras altivas, veáis los ojos desencajados de los que iban a ser despiadadamente torturados, buscando en vosotras el refugio y consuelo que no podíais dar, e impasibles presenciabais la danza macabra de la muerte.

Contemplabais a personas destrozadas por las torturas, y en vuestras sombras eran abandonados cuerpos sin vida de criaturas que no habían cometido más delito que no compartir el ideario político de los que triunfaban. Nunca jamás se podrá describir no palabras los gritos de amargura y dolor arrancados con las torturas de que eran objeto. Soy de los que practican y propagan el perdón de todas las manifestaciones de la vida, pero perdonar no significa olvidar, porque entonces la Historia no tendría razón de ser, habría perdido todo su sentido, concienciando de los fallos del pasado para corregirlos en la medida que fuera posible. Un pueblo sin historia es un pueblo que nace cada día, y todos sus errores deben ser tolerados por su infantilismo y por su desconocimiento del pasado. Pero, eso sí, ha de ser veraz, clara y comprensiva, ya que ella, la historia, puede cambiar el rumbo de los pueblos.

Es por esto por lo que recordamos que las páginas negras de la Historia de España fueron escritas durante los años 1936 a 1943, como consecuencia de una sublevación cívicomilitar, provocada por todas las instituciones Administrativas y Militares contra su propio pueblo. ¡Qué tremenda tragedia la del pueblo español! ¿Qué irracionalidad más monstruosa les animaría para realizar aquel fenómeno, olvidando que somos hijos de la misma especie y cabalgamos todos a lomos del mismo planeta? ¡Empecemos desde ahora a ser humanos, a ser solidarios y, en definitiva, a amarnos todos un poco más!

## **LOS ESCOGIDOS**

Las formaciones de los prisioneros en el Campo eran cada día más frecuentes. Nuestras vidas pendían de un insignificante y débil hilo, que se podía romper con una simple mirada de nuestros visitantes. Así vegetábamos una hora y otra hora, pendientes a cada formación ser apartados para ir al barracón. Por fin la comida. Se nos ordenó que cada 20 prisioneros nombrásemos a un delegado, que se haría cargo de la comida para todo el grupo. El delegado se presentaba al lugar que se le ordenaba y volvía con la ración siguiente : una lata de sardinas de 125 gramos y un chusco de 200 gramos, para cada 5 personas. Esta ración, aunque parecía destinada a ser diaria, por razones que nadie entendía, se nos entregaba cada dos o tres días.

Pese a esta burla nadie hizo ninguna protesta, siendo conscientes de que con esta cantidad de alimento lo que se pretendía era mantenernos con vida hasta la llegada de las fatídicas comisiones. Otro capítulo no menos importante era el agua para beber, pues llevábamos varios días sin probarla y no podíamos evitar aquella deshidratación que se nos estaba produciendo. La sed y el hambre destrozan todos los valores humanos, por muy sólidos que estos sean. A los pocos días de estar en Albaterra, independientemente de las constantes visitas que se nos hacían, se empezaron a recibir en las oficinas del Campo, informes de peligrosidad de los allí encerrados. Los solían enviar Ayuntamientos, Falanges y Guardias Civiles, sin tener la seguridad de que los nombres que remitían estuvieran en aquel lugar.

No obstante, se pregonaban los nombres y apellidos y si alguno oía el suyo y se presentaba, inmediatamente era apartado al barracón número uno, para que estuviera preparado para cuando lo reclamara la Comisión. Para facilitar

el trabajo de localización de prisioneros le añadieron al Campo otro cuadrilátero de un tamaño similar al que nos encontrábamos. Estaba custodiado por las mismas fuerzas y se comunicaban ambos espacios por unas puertas grandes de alambre. Cuando llegaban a por prisioneros nos traspasaban de uno al otro apartado, para después de situados en la misma puerta de salida, los comisionados nos hacían desfilar de dos en dos por delante de ellos, en aquel pasillo de la muerte. Huelga decir que el prisionero que era identificado tenía las horas de vida contadas.

## **PLANO DEL CAMPO DE CONCENTRACION**

Aquella caza de hombres indefensos era inhumana y tremendamente marcada por el espíritu de exterminio. La actitud de aquel comportamiento tan refinado de crueldad llegó a cotas inimaginables. Si alguna Comisión de las que nos visitaba no encontraba a sus desgraciadas víctimas, escogía del barracón a unos cuantos de los allí retenidos y en las palmeras próximas, los torturaban y después los asesinaban para saciar su sed de odio y de venganza. El eco de aquella tragedia se ahogaba en aquel recinto sin que trascendiera, aunque nadie podía hacer nada para auxiliar a las víctimas.

A los pocos días de darnos la primera comida, llamaron a los delegados de grupo y se les hizo entrega de un bote de lentejas de 125 gramos y un chusco de 200 gramos, siempre para cada cinco personas. También se anunció que se nos daría agua, cosa que sólo con el anuncio ya nos hizo sentirnos un poco optimistas. Se nos había olvidado en aquel momento la tremenda ola de dolor que nos estaba hundiendo en el abismo de la desesperación. Pero en medio de aquel desolador panorama, brillaba dentro de nosotros la luz insignificante de la esperanza, porque creíamos (¡tremendo error !) que no desaparecería la obra cultural, hecha de siglos, para convertirla en humeantes y fantasmales ruinas.

## **UN ANIVERSARIO TRAGICO**

En aquel campo de exterminio "celebramos" el VIII Aniversario de la II República Española, ¡desgraciada fecha para los prisioneros! Hubiera sido más humano hacer una matanza colectiva con todos nosotros antes de someternos a aquel tormento permanente de las interminables visitas de tanto siniestro personaje, con insultos crueles, asegurándonos que sería el último aniversario para casi todos los desafortunados prisioneros. Desde luego, aquel día fue festejado por los crueles enemigos mofándose, torturando y masacrando.

Después nos solían decir que debíamos estar satisfechos por ser una fecha señalada para nosotros. Aquel día sufrimos lo indescriptible, bajo la sanguinaria actitud de unos desalmados personajes. El hecho de burlarse del dolor de indefensos prisioneros sólo podía tener un calificativo que dejamos en el aire, ya que en aquella actitud era un reto a dos mil años de civilización. Una ligera lluvia comenzó a caer en aquella trágica tarde, tiéndola de oscuros presagios, para darnos patetismo al momento que estábamos viviendo. La lluvia nos fue liberando de aquella barbarie horrible de dolor y de muerte. Pero al aumentar su intensidad encharcó el Campo, anegando nuestro lecho de descanso, y quizás de muerte. Para muchos de los que ya estábamos cargado de fiebre, aquella lluvia empezó a minar nuestro débil estado físico de tal manera que, tendidos en la tierra, (o por mejor decir, en el barro) pensábamos sobre aquella situación, sin poder sacar consecuencias positivas que nos animaran en nuestra lucha interior por sobrevivir. Al quedar exánime por la alta temperatura que debió alcanzar mi fiebre, solía oír llover y llover, cayendo sobre mi cuerpo el bálsamo refrescante del agua, como si fuera algo que quisiera darme más vida para seguir sufriendo. Pero llegó un momento en que me encariñé tanto con el fin de mi vida que aquello lo veía como un hecho revolucionario, que me liberaría de las vejaciones de aquel monstruoso calvario.

Pese a mi delirio febril, me di cuenta de como se me transportaba, junto con otros prisioneros, sin saber donde nos llevarían. Después de un largo y accidentado viaje, llegamos a un lugar donde se hizo con nosotros una parodia procesional para exhibirnos y vejarnos aún más. Nuestra insensibilidad fue aumentando hasta convencernos de que éramos los designados para la inmolación. ¡Era el frío fatalismo que nos empujaba al sacrificio de nuestras vidas ! La cóncava bóveda celeste parecía mostrarse más lejana, más solo y más triste.

Todo parecía más sombrío porque seguíamos siendo despojos de la pasada esclavitud y nos estaba prohibido pensar en la idea sacrosanta de la fraternidad y la libertad, para no inquietar a los potentados que pudieran levantar con sosiego sus alcázares repletos de lujo a costa de la miseria del pueblo, como en tiempos medievales. Sin duda los españoles estábamos predestinados a inaugurar el cementerio del mundo, donde se empezaría a enterrar las libertades de los humanos.

¡Amantes de la cultura y el progreso, seguir vuestra honrosa obra sin olvidar que el silencio de hoy será rasgado por los gritos universales de Paz y Libertad del mañana!.